

puntos la costumbre de reemplazar el nombre propio de un hombre con otro que recordara esta honrosa paternidad y que distinguiera también a este hombre con el nombre de su hijo. Los Malayos tienen «la misma costumbre que los Dayaks: toman el nombre de sus progenitores, por ejemplo Pa-Sipi, el padre de Sipi.» Esta costumbre es en Sumatra general, y reina igualmente en Madagascar. Se la encuentra también en algunas tribus montaraces de la India; los Kasias «se dan unos a otros los nombres de sus hijos, por ejemplo Pa-Bobon, padre de Bobon.» Esta usanza se encuentra a veces en África. Los Bechuanas tenían la costumbre de decir a M. Moffat: «Yo hablo al padre de María.» En fin; en la América del Norte, en el litoral del Pacífico, existe un pueblo en quien está tan impreso el hábito de tomar ese nombre honorífico primitivo, que mientras un joven no llega a tener hijos, hace su perro las veces de tal, y se le llama el padre de su perro.

La supremacía unida a la edad, en los grupos patriarcales y en las sociedades que toman su origen en la combinación de estos grupos, revelada principalmente en la costumbre de honrar a los padres, costumbre que los preceptos de la ley judaica colocaba inmediatamente después del culto de Dios, y expresaba secundariamente en la costumbre de honrar a los ancianos en general, dió origen a un grupo análogo de títulos, pero que se diferencia algo de los precedentes. Haciéndose la edad un objeto de respeto, las palabras que indican la vejez se convierten en títulos honoríficos.

El origen de esta costumbre puede verse en los bárbaros. Componiéndose de ancianos los concejos, el nombre local usado para designar a un anciano se asocia en el pensamiento con una función a la que corresponde la autoridad, y por consiguiente el honor. Para demostrarlo, bástanos seguir en los idiomas europeos el desarrollo de los títulos que de esto resultan. Entre los Romanos, senador, o miembro del senado, tiene la misma raíz que la palabra *senex*; este era el nombre de los miembros de la asamblea de los ancianos. En los primeros tiempos, estos senadores o ancianos llamados también *patres*, representaban las tribus componentes de la nación: padre y anciano eran, pues, sinónimos. Una palabra muy cercana, *senior*, es el origen, en los idiomas derivados del latín, de las palabras *signor*, *seigneur*, *senhor*, al principio aplicadas a los jefes, a los soberanos o a los propietarios del suelo, y título honorífico después, por una especie de difusión, para las personas de categoría inferior. Lo propio sucedió con la palabra *ealdor* o *aldor*. «Como otros muchos títulos que determinan la categoría, dice Max Müller, en las diversas lenguas teutónicas, es

esta palabra derivada de un adjetivo que comprende la idea de edad avanzada (1);» de manera que derivando de una misma raíz *earle* y *alderman*, son nombres honoríficos que provienen igualmente de la superioridad social que resulta de una edad avanzada.

Podría debatirse la cuestión de averiguar si el título alemán *Graf* debe o no añadirse a la lista de ellos. Si Max Müller no se equivoca al juzgar insuficientes las objeciones hechas por Grimm contra la interpretación dada a esta palabra, ella significaba primitivamente gris, es decir, cabeza gris.

No tenemos necesidad de insistir sobre otros títulos. Estos son otros tantos ejemplos, cada uno a su manera, del mismo principio general.

El nombre inglés *King* (rey), como todos los demás títulos honoríficos que nacieron en los tiempos primitivos, tiene un origen que se ha explicado de diferentes maneras. Sin embargo, se conviene generalmente en derivarlo de una fuente remota, de la palabra sanscrita *ganaka*, palabra que significa productor, padre y rey (2). Si tal es su verdadero origen, no es más que un sinónimo del título de jefe del grupo familiar, del grupo patriarcal, y de la reunión de los grupos patriarcales. Lo único que debemos observar es el modo cómo esta palabra se combina para producir un título superior. De la misma manera que, entre los Hebreos, Abraham, que significaba *padre supremo*, se hizo una palabra compuesta usada para significar la paternidad y la sabiduría de muchos grupos menores; de la misma manera que los equivalentes griegos y latinos de nuestra palabra patriarca significaban implícita, ya que no directamente, *padre de padres*; sucedió con la palabra rey, que un potentado, cuya dominación se extendía sobre otros muchos, recibió el título de *rey de reyes*. En Abisinia, este título real compuesto se usa aun en la actualidad (3); así sucede también en Birmania, según recientemente hemos sabido. Los monarcas del antiguo Egipto tomaban este título; también era un título supremo en Siria. Hallamos por último una analogía entre los títulos terrestres y los celestiales. De la misma manera que los nombres de *padre* y *rey* se aplican igualmente al soberano visible y al invisible, así también se hace con el título de *rey de reyes*.

La necesidad de distinguir con un nombre adicional al soberano que es jefe

(1) Max Müller. *Lectures on the Science of Language*. II, 280.

(2) Max Müller. *Ibid.* II, 284.

(3) James Bruce. *Travels to discover the Source of the Nile*. Edimburgh and London, 1804, IV, 437.

de muchos soberanos es el origen de otros títulos honoríficos. En Francia por ejemplo, cuando el rey no era más que un señor feudal predominante, se le llamaba *sire*, título que llevaban todos los señores feudales en general; pero hacia fines del siglo xv, cuando su supremacía se hubo establecido, se empezó á usar la palabra *majesté*, título que le estaba exclusivamente reservado. Lo mismo sucedió con los títulos de los potentados secundarios. En los primeros tiempos de la época feudal, los títulos de baron, marqués, duque y conde, se confundían con frecuencia; sucedía esto, porque el estado que representaban estos títulos, esto es, el de señores feudales, guardas de las fronteras, jefes militares y amigos del rey, era comun á todos ellos, y no podían casi servir para distinguir unos de otros. Pero al mismo tiempo que la diferenciación de las funciones, produjose la diferenciación de estos títulos.

«El nombre de «baron,» dice Cheruel, parece haber sido el término genérico para designar á todos los grandes señores; el de duque á todos los jefes militares; el de conde y marqués á todos los soberanos de territorios. Estos títulos se empleaban casi indistintamente en las novelas de caballería. Cuando se constituyó la jerarquía feudal, el nombre de baron designó un señor inferior en categoría á un conde y superior á un simple caballero.»

Es decir, que con el progreso de la organización política, y á medida que algunos jefes establecían su poder sobre otros, ciertos títulos recibieron un destino especial, el de determinar la dignidad de los superiores, al añadirse á los que éstos llevaban en comun con los inferiores.

Como acabamos de ver por estos ejemplos, los títulos especiales lo mismo que los generales, no son producto de un plan, sino de una evolución; primeramente fueron descriptivos. Para dar otros ejemplos de su origen descriptivo, y también del uso no diferenciado que de ellos se hacía en los primeros tiempos, citaremos los diversos nombres que llevaban en la época merovingia los mayordomos de palacio: *major, domus regia, senior domus, princeps domus*, y en otros casos, *praepositus, praefectus, rector, gubernator, moderator, dux, custos, subregulus*. En esta lista (observamos de paso cómo el título inglés *mayor* que se pretende ser tomado del francés *maire*, está primitivamente derivado del latín *major*, que significa ó superioridad ó mayor edad) hallamos la prueba de que otros títulos honoríficos nos retrotraen á palabras que suponen la edad como punto de partida; y de que en lugar de estas palabras descriptivas, las palabras alternativas servían para designar las funciones.

Los títulos nos demuestran, mejor quizás que todo lo demás, cómo se generalizó el uso de las formas ceremoniales que solo servían al principio para adquirir el favor del individuo más poderoso.

Los pueblos salvajes, bárbaros y semi-civilizados, los civilizados de la antigüedad y los civilizados de nuestra época, ofrecen todos ellos ejemplos de eso. En las islas Samoa «es costumbre en las formas urbanas de la conversación ordinaria que todos llamen jefe suyo á aquel á quien se habla. En la charla infantil, se oye como los niños se llaman unos á otros, jefe tal (1).» En Siam, los hijos habidos con una mujer inferior en categoría al marido, llaman á su padre «mi señor el rey (2).» La palabra *naï*, que significa jefe, entre los Siameses «es en sus labios una frase política que unos á otros se tributan (3).» Igual resultado se nota en China en donde los hijos llaman á sus padres «majestad de la familia, príncipe de la familia.» En China hallamos otro ejemplo digno de observación, por ser peculiar de este país. En este imperio, donde es tan grande la autoridad de los viejos doctores, en que los títulos de *tzé ó futzé*, es decir, «gran doctor,» que se agregaba á su nombre, se han hecho también un apéndice de los nombres de escritores distinguidos, donde, en fin, las distinciones de clase, fundadas en la superioridad intelectual, constituyen el carácter de su organización social, este título honorífico que significa doctor, se ha hecho una simple palabra de cumplimiento (4). Roma antigua nos ofrece otros ejemplos. Mommsen demostró perfectamente la causa de la difusión de los títulos, al describir la corruptora ostentación de los triunfos públicos que solo se acordaban al principio á los «magistrados supremos que habían aumentado el poder del Estado con una victoria en batalla campal.

«Para acabar, dice, con los triunfadores pacíficos... se decidió que para obtener el triunfo era necesario presentar la prueba de una victoria, por medio de una batalla que costara la vida á cinco mil enemigos por lo ménos; pero se falseaba con frecuencia esa prueba por medio de partes falsas... Antiguamente, las gracias de la república dadas de una vez por todas, era suficiente recompensa de los servicios prestados al Estado; sin embargo, todo acto meritorio parecía reclamar una distinción permanente. Estuvo en moda que el

(1) Turner. *Nineteen Years etc.* IX, 281.

(2) Pinkerton. *General Collection of Voyages.* London, 1808, IX, 584.

(3) La Loubère. *Du royaume de Siam.* I, 238.

(4) S. W. Williams. *The Middle Kingdom, etc.* II, 71; II, 521.